

## CAPITULO V.

### El encuentro.

Era de noche. El cielo estaba oscuro y tempestuoso como la conciencia del impío.

Gruesos nubarrones, impelidos por un fuerte viento norte, cruzaban la atmósfera como vagarosos fantasmas de caprichosas formas.

El relámpago lucía de tiempo en tiempo precediendo al trueno que interrumpía, con imponente ruido, el silencio de la noche.

Las doce daban en la torre de la iglesia de San Angel.

Multitud de jóvenes de ambos sexos salían de una casa en que hasta entonces se

habían escuchado los alegres acordes de la música que indicaba un magnífico baile.

La gente salía satisfecha y contenta, y se despedía hasta el siguiente día para ir al Cabrío muy de madrugada á tomar leche.

El placer se marcaba en el semblante de todos.

Cada cual repetía interiormente las palabras de amor que había escuchado de los labios del objeto amado.

Nadie hubiera cambiado su posición por el más potentado de la tierra.

Solo el doctor Willey salía despechado por la mala acogida que habían encontrado en Luz sus palabras. La joven se había agarrado del brazo de Rafael al salir, y el doctor se vió obligado á dar el suyo á la mamá.

Todos, pues, excepto él, salían del salón llenos de dicha y de esperanza.

En medio de tanta satisfacción, regocijo y placer, se veía un hombre envuelto en miserables andrajos, colocado al lado de la puerta de la calle, y tendido sobre el suelo.

Los concurrentes al baile habían desaparecido.

La calle volvió á quedar solitaria.

Los relámpagos seguían.

Los truenos interrumpían el sepulcral silencio que reinaba.

Y el hombre tendido en el suelo, y envuelto en sus sucios arapos roncaba fuertemente.

Era el único sér viviente que no se había puesto al abrigo de la tormenta que amenazaba.

Las puertas de todas las casas permanecían cerradas.

Ni una sola luz se divisaba en todos los edificios.

San Angel era la imágen de un panteon donde todo yace muerto á la vida.

De repente interrumpió el silencio el ruido de una puerta que se abría.

Poco despues se escucharon los pasos de un hombre que avanzaba á paso acelerado.

A los pocos instantes se oyó una imprecacion y se le vió caer encima de otro cuerpo.

El hombre había tropezado en el miserable que dormía en la calle.

—¡Maldito seas, amen!

Exclamó con ira al caer, el que había tropezado.

El desgraciado que dormía, despertó al golpe que había recibido, y contestó:

—Tú que me quitas el bien  
que me hace olvidar mis cuitas,  
tú que mi sueño me quitas,  
¡maldito seas, amen!....

—¡El mendigo poeta!

Exclamó el caído, enderezándose un poco.

—¡Cielos, qué veo....!—gritó á su vez asombrado el andrajoso.—¡Es una vision la que se presenta á mis ojos....!

—¡Cómo....! ¡me has visto alguna otra vez?

Dijo el nuevo personaje examinándole y mirándole con recelo.

El mendigo notó la atencion con que era examinado, y contestó fingiendo el mas inocente candor.

—Si.

—¿Cuándo?

Preguntó palideciendo y con marcada inquietud su interlocutor.

—Hace mucho tiempo.

Contestó el mendigo sin perder una sola de las señales que se marcaban en el rostro del que le interrogaba.

—¿Dónde?

—En Guadalajara.

El hombre se inmutó.

—¿En Guadalajara....! ¿Y en qué sitio?

El mendigo que parecía complacerse en mortificar y jugar con su interlocutor, como el gato juega con el raton soltándole cuando esperaba morir, y volviéndole á cojer cuando se creia en libertad, contestó:

—¿En qué sitio?

—Sí; en qué sitio?

—En.... ¡Ja, ja, ja, ja....!

Exclamó soltando de repente una careajada intempestiva, contemplando con una curiosidad estúpida la faz de su asombrado interlocutor.

—¿De qué te ries?

Dijo temeroso y atónito aquel hombre,

que tembló al escuchar de los labios del mendigo que le habia conocido en Guadalajara.

—Pues ¿no me he de reir....? ¡qué cosa tan parecida....!

—Pero.... ¿á quién....?

—¿A quién....? ¿Pues no se lo he dicho á vd. ya?

—Ni una palabra.

Contestó cada vez mas inquieto el misterioso personaje. El mendigo temió despertar sospechas que asustaran la caza, y contestó figiendo haberse excedido en la bebida.

—Pues á la muestra que está en la pulquería de los Beodos enfrente á la alameda de Guadalajara.

El pecho del que escuchaba se ensanchó con aquellas palabras, y respiró con libertad: desaparecieron las muestras de terror que se habian fijado en su semblante, y de sus ojos la mirada recelosa que los hacia imponentes.

—Vamos, está borracho;—dijo luego para sí:—¡y yo que me habia alarmado....

—¿No se acuerda vd?... Pues es todo igual á vd.: barba larga, gran bigote; sino que vd. lleva sombrero alto y baston, y aquel tiene en vez de sombrero una corona de pámpanos, y en lugar de baston un gran vaso de pulque. ¡Ja, ja, ja!.... Me gusta mas el vaso de pulque que el baston.

—Lo creo.

—¿Y á vd. no? La casa del que ha bebido, aunque sea pobre, siempre está iluminada de lucecitas.

—Como las que tú ves ahora.

—¿Se acuerda vd. de aquel versito—dijo fingiendo embriaguez y torpeza para pronunciar las palabras—no versito, sino soneto, que tenia vd. en su casa de Guadalajara?

—¿En mi casa?...—Volvió á contestar con alteracion el interpelado:—Pues, ¿qué tú has estado en mi casa?

—Sí; en la casa en que está vd. de muestra; en la pulquería de los Beodos: ¿No se acuerda vd?

—¿Eh!.... ¡déjame en paz!

Dijo disponiéndose á marchar.

—Pues empieza así:

Blanco licor del suelo mexicano;  
producto de magueyes dulce y fino;  
no hay para qué envidiar de España el vino,  
cuando á tí te produce el suelo indiano.

—Pero ¿qué, se va vd?

Preguntó interrumpiendo su soneto y viendo que el otro echaba á andar.

—Sí; adios.

—¿No me da vd. algo para mojar la garganta?

—La fuente está muy cerca; te permito que bebas toda el agua que quieras.—Le contestó alejándose; y luego añadió para sí.—No me ha hecho pasar mal susto ese maldito borracho.

El mendigo le estuvo mirando atentamente mientras se alejaba: al verle algo retirado se levantó del suelo con indecible rapidez; brillaron sus ojos con una expresion de placer inmenso, y preparándose para seguirle, exclamó:

—¿Es él....! ¡Le he reconocido....! Su temor al hablarle de Guadalajara.... su sobresalto.... su barba hasta el pecho.... su mirada de espanto.... no me cabe duda.

Y echó á andar á distancia conveniente del primero para no despertar sospechas, pero sin perderle nunca de vista.

La noche estaba cada vez mas oscura y nebulosa.

La naturaleza triste y misteriosa.

Un profundo silencio reinaba por todas partes, que solo era interrumpido por los continuos truenos que rasgaban la atmósfera, y por los pasos del hombre de la gran barba y del mendigo que le seguia.

Las negras nubes cabalgaban sobre el viento en caprichosas formas, y los pocos faroles que iluminaban á trechos la poblacion, amenazaban apagarse á cada instante.

El misterioso personaje llevaba una direccion extraña.

Habia atravesado el centro del pueblo, y se dirijia hácia la última casa situada á la salida de la poblacion.

El mendigo continuaba marchando tras él, pero á regular distancia, resuelto á descubrir á todo trance el sitio á que entraba.

Eran las dos únicas personas que transitaban por la calle.

Al cabo de media hora, el desconocido se detuvo á la puerta de una casita aislada y de humilde apariencia. Miró hácia todas partes para ver si alguno le habia seguido; y persuadido de que nadie le veia, llamó á la puerta con golpes extraños.

Los pasos de alguna persona que venia del interior de las piezas, se oyeron á poco.

Brilló por el agujero de la llave una luz.

Los pasos cesaron de repente, y se escuchó una voz de mujer que preguntaba desde adentro.

—¿Qué deidad?

—Poderosa Témis.

Contestó el de la barba larga.

Entonces se escuchó descorrer un cerrojo, quitar la cadena que aseguraba la puerta por la parte interior, y el ruido de ésta que giraba sobre sus goznes, dando entrada al misterioso personaje que habia llamado.

—¿Han venido los demás?

Preguntó el que entraba.

—Sí señor.

—¿Y han traído á ese hombre?

—Sí señor.

—¿En litera?

—En litera.

—¿A qué hora llegaron?

—A las diez.

—Sin ruido, por supuesto.

—Con el mayor sigilo.

—Está bien. ¿No falta alguno para entrar?

—Nadie; á vd. solamente esperaba.

—Mejor: cierra, y ven á darnos de cenar al momento.

Y penetró en el interior de la casa.

La puerta volvió á cerrarse; la luz desapareció, y el mendigo que se habia detenido á algunas varas para no ser visto, se aproximó al edificio y se puso á examinar cuidadosamente la casa y el sitio en que estaba situada.

—¿Vivirá aquí?—Dijo despues de un rato de observacion minuciosa.—No; imposible: la habitacion es muy humilde, y él debe guardar una posicion brillante, si ha sa-

bido dar muchos golpes como el que yo presencié en Guadalajara.

Al decir esto se acercó á la puerta y aplicó el oido á la cerradura.

—Nada se escucha:—volvió á decir.—Y sin embargo, el corazon me anuncia que á ese hombre le han conducido á este sitio siniestros fines. La azotea no está muy alta.... si pudiese subir á ella ayudándome de las rejas de las ventanas.... véamos.

Y convencido de que una vez en la azotea, le seria fácil descender por ella al interior de la casa y descubrir lo que en ella pasaba, se avalanzó á la ventana, y emprendió la subida.

Deseaba convencerse de que realmente aquel hombre era el mismo que él sospechaba, y se propuso conseguirlo, aun cuando sabia que escalando la azotea, se exponia á graves consecuencias.

Entretanto el hombre á quien habia ido siguiendo penetró á una pieza provista de una mesa en medio, junto á la cual se veian sentados en sillas ordinarias cinco hombres que le esperaban.

Al verle, los cinco se levantaron y le saludaron con respeto.

—Buenas noches, amigos míos.—Dijo el que acababa de entrar, dando la mano á cada uno de los que le esperaban.—¡Ha sospechado nuestro cautivo á dónde le traían!

—No señor:—contestó uno de mala cara y bigotes retorcidos:—no se le ha permitido sacar la cabeza de la litera, y ha entrado sin saber en qué sitio se encuentra.

—Perfectamente. Cuando por pretextos políticos cayó en poder de vd., que era entonces militar, convenimos que en vez de entregarlo al gobierno me lo entregase vd. á mí por las miras de interes pecuniario que vd. no ignora, y fué una medida muy acertada conservarle oculto á los ojos del mundo que le juzga muerto despues de tan larga ausencia.

La mujer que habia abierto la puerta al hombre de la barba larga, entró con una gran fuente de pollos asados y varias botellas de vino.

—Para lo que tardará en morir.

Dijo el de los bigotes retorcidos.

—Mejor. Entonces no me remorderá la conciencia;—dijo poniéndose á trinchar el de la barba:—ni tendré miedo á que ninguno me dispute los bienes que le fueron confiscados, y que vd. compró....

—Pero no para mí, sino para vd. ....

—Es verdad. Vd. se presentó como comprador, porque así nos convenia, aunque el negocio fué realmente para mí que facilité el dinero.

—Y un negocio como hay pocos.

—Ciertamente: los bienes fueron comprados....

—Casi de balde.

Le interrumpió sonriendo el que habia sostenido la conversacion, vaciando un vaso de vino.

—¡Y tengo yo la culpa de que el gobierno los vendiese en un precio insignificante?

Exclamó haciendo lo mismo el de la barba.

—Estoy muy lejos de pensarlo.

—Ademas, nosotros no hemos venido á México á mudar temperamento, sino á explotar sus minas; y ningunas mejores que

aquellas que producen, sin gran trabajo, metal acuñado.

—Tiene vd. sobrada razon.

—¿Ha dejado vd. su hermosa Nápoles, ni vd. Polonia, ni vd. á Florencia, ni vdes. dos los Estados-Unidos, ni la buena mujer que nos cuida á Niza, ni yo mi patria, sino con el objeto de sacar de las revoluciones en que se agita México, el provecho necesario para volver á nuestros respectivos países?

—Sin duda alguna.

Respondieron todos.

—Tomamos parte—continuó el de la barba larga—en la revolucion de la Acordada, para sacar provecho de las riquezas que estaban reunidas en el Parian: azuzamos la expulsion de los españoles, último de los actos del gobierno de Victoria, para apoderarnos de su comercio y adquirir á insignificante precio ricas posesiones que no se podian llevar: influimos luego para que Guerrero que le sucedió en la presidencia, ordenase que se ocupara la mitad de las rentas de los españoles que habian

salido del país, en cuyas cobranzas logramos tomar una parte muy activa.

—Pero ninguno ha sabido aprovecharse como vd. de esos continuos trastornos: vd. que se fué á disfrutar una larga temporada fuera del país, de las inmensas riquezas que habia improvisado, dejándonos aquí el encargo de cuidar sus intereses, y de vigilar al prisionero.

—Sí, es cierto; pasé una época muy feliz; pero me parece que vdes. no carecen de un capital envidiable para vivir con decencia, y hasta con lujo, en las principales capitales de sus respectivos países. ¿Gertrudis?—añadió luego, llamando á la mujer que servia—traiga vd. una botella de Baldepeñas.

—No lo negamos:—respondió uno de ellos;—pero aun no está satisfecha nuestra codicia.

—Pronto espero que ha de quedar; y entonces nos separaremos para siempre, como buenos amigos, para que cada cual vaya á disfrutar de los bienes que honradamente hemos adquirido. Nosotros somos aves de paso que tomamos el trigo, y vamos



á anidar á otra parte. No debemos imitar á los españoles que han anidado aquí, levantando suntuosos templos, sorprendentes acueductos, colegios magníficos, hechos por simples particulares, de que se envaneecerían príncipes y reyes, para verse despues expulsos y calumniados.

—Pero la calumnia y la expulsion es debida, no á los mexicanos, sino á algunos individuos de extrañas naciones, en cuyo círculo nos contamos, y cuyo objeto no ha sido otro que extraviar la opinion pública para alejarlos del país y ocupar nosotros todos los ramos de industria y de comercio; pintarles como rapaces y Neronos, á los que en general estaban muy distantes de serlo, para que las simpatias que á ellos se tenian, se volviesen hácia nosotros.

—Y no se puede negar que lo hemos conseguido en gran parte.

—Pero no entre la gente pensadora. Esta, por mas que se escriba y se clame que los españoles eran enemigos de la independencia, vee que los que mas trabajaron por ella fueron Echávarri y Negrete, ambos ge-

nerales españoles que contaban con la mayor parte de las fuerzas, el último de los cuales prestó grandes servicios á México, saliendo herido en el asalto dado á Durango, cuya ciudad se rindió al fin á su esfuerzo. “La patria—le decia Iturbide despues de este triunfo—que admira y reconoce en V. S. uno de sus mas ilustres y decididos defensores, jamas olvidará esta memorable jornada, así por su importancia, como por el valor y sufrimiento de ese ejército de reserva, acreedor á la consideracion y gratitud de cuantos conocen su mérito y participan de sus buenos servicios. Ni de oficio ni en lo particular me participa V. S. la herida que recibió en el rostro de resultas del último choque. Siento este accidente, porque siento los padecimientos de V. S.; pero al mismo tiempo le envidio una cicatriz que todos observarán con pasmo, señalando á V. S. como á uno de los principales agentes de la libertad de este suelo.” Pero no solamente los españoles que tenian el poder de las armas, sino hasta los hombres dedicados al comercio, á las ciencias y á la

religion, anhelaban separar este país de la metrópoli. El doctor D. Matías Montegudo, español, fué el principal jefe en las reuniones tenidas en la Profesa, en Noviembre de 1820 para conseguir la Independencia de México: á su lado se encontraba Battaller, español tambien, regente de la audiencia: el ex-inquisidor Tirado; muchísimos eclesiásticos, y todos los europeos opuestos á la constitucion promulgada en Cádiz. Y era tal el cariño al suelo en que se habian radicado, que no contando el ayuntamiento de México con los fondos necesarios para los cuantiosos gastos que era indispensable hacer para celebrar el año de 1821 la entrada de Iturbide, franqueó D. Juan José de Ache, español, veinte mil pesos, sin interes ninguno. Estos son los españoles que nosotros hemos llamado déspotas, tiranos, enemigos del país y de la independencia, cuya expulsion hemos conseguido, y cuyos nobles hechos hemos logrado desfigurar inventando absurdos cuentos y ridículas consejas.

—Era la única arma con que podiamos

enagenarles las simpatías del país. Brinde-mos á su buen éxito.

Y todos chocaron los vasos y bebieron.

—Y no ha faltado—dijo uno despues de apurar el vaso—quien haya criticado ese paso de los españoles como contrario á los deberes con la madre patria.

—Esa es una acusacion inmerecida—contestó el de la barba larga:—los españoles, amantes de su rey y de su religion, vieron ambas cosas perseguidas por los liberales en España, y como el plan proclamado en Iguala por Iturbide halagaba las ideas de ellos, pues llamaba á que gobernase independientemente este país á Fernando VII, y en su defecto á un príncipe español, no titubearon en entrar en el referido plan que conciliaba la independencia del país en que tenian sus hijos, con el amor á sus reyes y con la religion.

—Y por eso al principio de la independencia fueron tan considerados.

—Y por eso nosotros trabajamos por desconceptuarles, atribuyéndoles miras siniestras para volver el país al dominio español.